

interpretará V. favorablemente mi pensamiento) y su estimable cuñado?

Ella se sonrojó mucho más y sus mejillas quemaban, al responder con voz muy débil:

— Tampoco me parece probable.

— Señora Bounderby — dijo Harthouse, después de breve pausa — ¿no estaría bien que nos permitiéramos mayor confianza V. y yo? ¿Tom le ha pedido prestadas á V. sumas de consideración?

— Comprenderá V., señor Harthouse — contestó ella, después de vacilar un poco; aunque desde el principio de la conversación se hallaba indecisa y turbada, no había perdido en modo alguno el imperio que ejercía sobre sí — comprenderá V. que, si respondo á sus preguntas, no es por quejarme ni expresar remordimiento. Toda queja sería inútil; no deploró en absoluto lo que he hecho.

— Y, además, ¡ un corazón de mujer! — pensó James Harthouse.

— Cuando me casé, descubrí que mi hermano tenía muchas deudas; quiero decir muchas deudas para un joven de su posición; bastantes para obligarme á vender algunas joyas. No era un sacrificio. Las vendí de buena gana. No tenían valor á mis ojos.

Fuese que ella leyera en la mirada de Hart-

house que éste comprendía la indicación, fuese que su conciencia le hiciera temer que no pensase que eran regalos de su esposo, se contuvo y se sonrojó. Si no hubiera comprendido antes, este sonrojo repentino hubiera revelado todo á un hombre menos malicioso que aquél.

— Después he dado á mi hermano, en distintas épocas, todo el dinero de que he podido disponer. Confiando en V., por el interés que le toma, no le haré una confidencia á medias. Desde que tiene V. la costumbre de venir aquí, ha tenido necesidad de sumas de dos ó tres mil francos. No he podido darle una cantidad tan fuerte. He sufrido, naturalmente, muchas inquietudes, por lo que podría ocasionarle tal penuria; pero hasta hoy he guardado secreto, y lo confío al honor de V. No he comunicado mis inquietudes á nadie, porque... Ya me comprende V.

Se detuvo bruscamente.

Como hombre listo en aprovecharse de tales ventajas, vió y cogió la ocasión para ofrecer á Luisa su propia imagen, ligeramente disfrazada con el retrato de su hermano.

— Señora Bounderby, aunque no valga yo gran cosa y no sea más que un hombre de placer, me interesa vivamente lo que V. acaba de decirme. Comprendo y participo de la indul-

gencia sabia con que mira V. los errores de Tom. Sin querer faltar de ningún modo al respeto, ya del Sr. Gradgrind, ya del Sr. Bounderby, he de reconocer que la educación de Tom no ha dado el éxito apetecido. Educado de modo que no puede luchar ventajosamente con el mundo en que tiene que vivir, el primer uso que hace de su libertad es entregarse á excesos provocados por un exceso contrario : por un exceso forzado que se le impuso durante mucho tiempo, con la mejor intención del mundo, no cabe duda. Pero la noble rudeza y la independencia británica, á despecho de su encantadora originalidad, no predisponen... estamos de acuerdo sobre ello... no predisponen á la confianza. Si puedo decir que le falta esa delicadeza á la que un joven corazón mal conocido, un carácter mal comprendido y un talento mal dirigido se sentirían inclinados á pedir consuelo y consejo, habré explicado del todo mi punto de vista.

Mientras la miraba fijamente, por la claridad veleidosa que danzaba sobre la yerba, en la oscuridad del bosque lejano, Harthouse leyó en su semblante que se dirigía á sí propia las palabras que acababa él de dirigirle, con esa intención.

— Precisa hacer uso, pues, de la mayor indul-

gencia. Sin embargo, Tom tiene un defecto que no sabría perdonarle y que le reprocho severamente.

Luisa le miró en el rostro y le preguntó cuál era ese defecto.

— Quizá — respondió — debiera yo no decir más. Quizá, en suma, hubiera sido mejor no hacer esta alusión.

— Me espanta V., señor Harthouse. Dígame lo que es.

— Para no causarle vanas inquietudes, ya que tal confianza sobre hermano, que aprecio en grado elevadísimo, acaba de establecerse entre nosotros, obedezco. No puedo perdonar á Tom que se muestre tan insensible en sus palabras, miradas y acciones á la ternura de su mejor amiga, á su desinterés, á los sacrificios que para él se ha impuesto. El agradecimiento que le manifiesta, por lo que he podido juzgar, es muy ligero. Lo que ella ha hecho por él merecería un amor y una gratitud constantes, en vez de mala cara y chascarrillos. Por des- preocupado que parezca, no soy tan indiferente, señora Bounderby, que no descubra ese defecto en su hermano ni lo considere como un pecado venial.

Flotó el bosque ante ella, pues sus ojos estaban inundados de lágrimas. Brotaban de

una fuente profunda, escondida durante mucho tiempo, y era tal el dolor de su corazón, que no pudo desahogarse ni consolarse en el llanto.

— En una palabra, señora Bounderby: todos mis esfuerzos deben encaminarse á corregir á su hermano de ese defecto. Mi conocimiento más amplio de esos asuntos y mis advertencias sobre los medios de salir del apuro, advertencias competentes, las cuales procederán de un picaronazo que también ha hecho de las suyas en mayor escala, espero que me darán cierta influencia sobre él y yo me aprovecharé de ellas para alcanzar al fin que me he propuesto. He dicho bastante y quizá demasiado. Tengo el aire de querer hacer el buen chico, mientras que, palabra de honor, no abrigo el menor intento de ello, se lo declaro francamente. Alla abajo, entre los árboles, — anadió, después de alzar la vista y mirar entorno — columbro precisamente á su hermano. Como parece dirigirse por este lado, haremos bien en ir á su encuentro. Se halla muy silencioso y mustio durante estos últimos días. Quizá su conciencia fraterna le recrimina. Si es que hay una conciencia; porque oigo hablar demasiado de ella, para que lo pueda creer.

Ayudó á Luisa á que se levantara, le tomó el brazo, y los dos fueron al encuentro del

mequetrefe. Tom andaba con paso indolente, fustigando las ramas con aire desocupado, ó bien se inclinaba por arrancar con su bastón y de un modo obstinado el césped que cubría el tronco de los árboles. Se sobresaltó, cuando llegaron á su lado, en el momento en que se entregaba á esta última distracción, y cambió de color.

— ¡Toma! — murmuró. — No sabía que estuviesen aquí.

— ¿Qué nombre, Tom— dijo el Sr. Harthouse, poniendo su mano en el hombro del mequetrefe y obligándole á volverse de frente, de modo que los tres se dirigieron á la casa — qué nombre iba V. á grabar en las árboles?

— ¿Qué nombre? — respondió Tom. — ¡Oh! quiere V. decir qué nombre de mujer.

— Sospechamos, en verdad, que ha inscrito V. en la corteza de un roble el nombre de una hermosura maravillosa, Tom.

— No las doy por aquí, señor Harthouse, á menos que alguna belleza maravillosa, disponiendo libremente de una buena fortuna, se enamore de mí. Podría ser tan fea como rica, sin temor de que yo la rechazara. Grabaría su nombre tantas veces como quisiera en la corteza de los robles.

— ¡Diablo! Tom, tiene V. sentimientos mercenarios.

— Mercenarios — repitió Tom. — ¿ Quién no es mercenario ? ¡ Preguntadlo á mi hermana !

— ¿ Has advertido que fuera éste un defecto mio, Tom ? — dijo Luisa, sin quejarse de ningún modo por el descontento ó el mal humor de su hermano.

— Nadie lo sabe mejor que tú, si me refiero á tí ó no : me dirijo á tí sobre el particular — dijo con acento grosero.

— Tom se ha vuelto misántropo. Esto sucede de vez en cuando á todos los que se aburren — dijo el Sr. Harthouse. — No crea lo que dice, señora Bounderby. No lo piensa de ningún modo ; y para hacerle conocer sus sentimientos, voy á comunicarle algunas de sus opiniones sobre V., que me ha expresado particularmente, si no efectúa al instante una enmienda honrosa.

— En todo caso, señor Harthouse — dijo Tom, suavizándose un poco, gracias á la admiración que le inspiraba su principal, pero meneando la cabeza con mal humor — no podrá decirle que la haya alabado nunca de ser mercenaria. He podido ensalzarla por lo contrario, y lo haría aun, si no tuviera buenas razones. Pero dejémoslo correr ; esto no puede interesarle y, en cuanto á mí, tengo ya la cabeza llena de ello.

Caminaron en dirección á la casa, donde Luisa dejó el brazo del visitante, para entrar en sus habitaciones. Harthouse la siguió con los ojos, mientras ella subía las gradas y desaparecía, luego, bajo la sombra de su puerta ; después volvió á poner la mano en el hombro del hermano y, con una señal de cabeza, le obligó á dar un paseo por el jardín.

— Tom, amigo mio, tengo que decirle una palabra.

Se habían parado en medio de un zarzal de rosas, muy descuidado. La humildad del Sr. Bounderby no permitía rosas como las de Nic-kits, el antiguo propietario, y Tom sentóse en el parapeto de una terraza, arrancando el capullo de las flores y deshojándolas ; mientras que su demonio familiar le dominaba, con un pié en el parapeto y el cuerpo apoyado con gracia en el brazo, que sostenía la rodilla levantada. Podía vérselos desde la ventana de la Sra. Bounderby. Quizá Luisa los miraba.

— Tom, ¿ qué tiene V. ?

— ¡ Ah ! señor Harthouse — dijo Tom, con un lamento. — Me he excedido, y me aburro en mi consunción.

— También yo, amigo mio.

— ¡ Usted ! — replicó Tom. — ¡ Usted, que es un modelo de despreocupación ! Señor Hart-

house, me encuentro en un horrible lodazal. No tiene V. idea del apuro en que me hallo... ¡Cuando pienso que mi hermana podía sacarme de él, si hubiese querido!

Y se puso á morder el capullo de las rosas, deshojándolas con los dientes y la mano, que temblaba como la de un viejo paralítico. Después de fijar en él una mirada escudriñadora, su compañero repuso con aire negligente:

— Tom, usted no es razonable: usted es demasiado exigente con su hermana. Usted ha recibido ya dinero de ella, picaronazo, ya lo sabe.

— Sí, señor Harthouse, convengo en ello. ¿Donde quiere V., pues, que lo tome? Mire al Sr. Bounderby alabándose siempre de que á mi edad vivía con cuatro sueldos al mes ó con una cantidad por el estilo. Mire á mi padre trazándome lo que él llama una línea de conducta y atándome de pies y manos, desde que me destetaron. Mire á mi madre que sólo tiene dolencias. ¿Donde quiere V. que un individuo halle dinero, y á quien ha de pedirlo, sino á su hermana?

Casi lloraba, y esparcía las rosas por docenas. El Sr. Harthouse le cogió de la ropa, con aire benévolo.

— Pero, querido Tom, y ¿si no tiene dinero su hermana?

— ¿Si no tiene, Sr. Harthouse? No pretendo que lo tenga. Quizá he necesitado yo más dinero del que ella puede disponer. Pero en este caso hubiera debido procurárselo. No vale la pena de que le oculte nada, después de lo que ya le he dicho; ya sabe V. que no se casó con el viejo Bounderby enamorada de él, ni por amor propio, sino en bien mío. Luego ¿por qué no obtiene ella de él, por amor mío, lo que necesito? Nada la obliga á decir lo que quiera hacer de su dinero; es bastante lista; podría obtener dinero de él, mimándole, si quiere. ¿Por qué motivo no quiere hacerlo, si sabe lo necesario que es? No. Se queda allí como una piedra, en lugar de mostrarse afectuosa, para lograr de él lo que me hace falta. No sé como califica V. eso; pero yo lo estimo como una conducta desnaturalizada.

Debajo del parapeto y cercano á él, hacia el otro lado, había un surtidor en el que el Sr. James Harthouse tuvo ganas de echar á Tomás Gradgrind, hijo, del mismo modo que, al contrariárseles, amenazaban los fabricantes de Cokville con echar todos sus bienes al Océano Atlántico. Mas no abandonó su postura graciosa, y la balastrada no vió caer al otro lado más que los cupullos de rosa, acumulados por Tom, los cuales en aquel instante sobre-

nadaban en el surtidor, formando una isla flotante.

— Querido Tom — dijo el Sr. Harthouse — ¿quiere V. permitir que sea su banquero?

— En nombre del cielo — replicó vivamente Tom — ¡no me hable V. de banqueros!

Al lado de las rosas parecía pálido, muy pálido.

El Sr. Harthouse, como hombre bien educado y acostumbrado á la mejor sociedad, no podía permitirse ninguna manifestación de extrañeza y aun menos de sentimiento. Y levantó algo sus párpados, con una ligera sensación de sorpresa; y, sin embargo, el asombro era cosa tan contraria á su escuela, como á las doctrinas del colegio Gradgrind.

— ¡Cuánto necesita de momento, Tom? Se trata de cuatro guarismos... Vamos, hable... Diga la cifra.

— Señor Harthouse — replicó Tom, que lloraba ahora realmente (y sus lágrimas valían más que sus quejas recientes, por misero que fuera el aspecto que le daban) — es tarde. De nada me serviría ahora el dinero. Me convenía antes, para que me aprovechase. De todos modos, se lo agradezco mucho. Usted es un amigo verdadero.

¡Amigo verdadero!

— ¡Mequetrefe, mequetrefe! — pensó el Sr. Harthouse, indolentemente. — ¡Qué imbécil eres!

— Considero su oferta como alto testimonio de benevolencia, señor Harthouse.

— ¡Pues bien! — replicó el otro — mi benevolencia le será útil más tarde. Y si quiere acudir á mí, amigo mío, cuando se vea en tales apuros financieros, podré indicarle, para salir de ellos, algún medio que no podría V. hallar solo.

— Gracias, — dijo Tom, moviendo la cabeza, con aire lúgubre y machacando capullos de rosa. — Quisiera haberle conocido antes, señor Harthouse.

— Ve V., Tom — dijo el Sr. Harthouse, para concluir, tirando una rosa ó dos como ofrenda á la isla, que se empeñaba en llegar al muro, como para incorporarse á la tierra firme — el hombre pone egoísmo en todo lo que hace y no difiere de los demás mortales. Deseo ardientemente... (la languidez con que manifestó ese deseo ardiente era tropical en alto grado) que se muestre V. menos frío para con su hermana... es su deber... Tiene V. que ser, para con ella, un hermano más amante y agradable. Es también su deber.

— Haré lo que V. desea, señor Harthouse.

— Ya que estamos de acuerdo, Tom — dijo

el Sr. Harthouse dándole un golpecito en el hombro, como para hacerle creer (lo que el pobre tonto hizo) que le imponía tal condición un muchacho despreocupado, que no quería abusar de la expansión de su agradecimiento — separémonos hasta la hora de comer.

Cuando Tom entró á comer, su pesadumbre no le impidió presentarse en el salón antes de que llegara el Sr. Bounderby.

— No he querido molestarte, Lu — dijo dando la mano á su hermana y besándola. — ¡ Sé que me quieres y yo también te quiero !

En el semblante de Luisa hubo, aquel día, una sonrisa para otro persona. ¡ Ay, dirigida á otra persona !

— Ello prueba que no es el mequetrefe quien sólo le interesa — pensó el Sr. Harthouse, cambiando la reflexión que hiciera al ver por vez primera aquella cara bonita. — No, no; no es él solo.

CAPÍTULO XXIV

EXPLOSIÓN

La mañana del día siguiente era demasiada hermosa para que se quedara uno en la

cama : por lo que James Harthouse se levantó temprano, yendo á sentarse junto al alféizar y fumar allí, á sus anchas, el tabaco rarísimo que ejerciera tal influencia saludable en su joven amigo. Dilatándose todo su ser, al calor de los rayos del sol, rodeado por el incienso de su pipa oriental, mientras el humo ensimismador se fundía en la dulce y rica atmósfera, cargada de perfumes primaverales, reflexionaba él sobre las condiciones ventajosas en que se hallaba, como un jugador empedernido cuenta sus ganancias. De momento no sabía ya lo que era el fastidio ; y por ello podía entregarse con atención á aquel cálculo.

Él y Luisa conocían un secreto, que ignoraba el marido ; un secreto que redundaba de modo positivo en la indiferencia de Luisa para con su esposo y en la incompatibilidad de caracteres que, desde el principio, existía entre ella y él. Ingeniosa y claramente habíale él probado que conocía su corazón, hasta en sus más delicados pliegues ; habíase aprovechado de su afección más tierna para acercársele, y ¡ qué progreso había hecho ! habíase colocado en medio de su único afecto, y la barrera tras la cual escondía su vida, se había bajado como por encanto. ¡ No era todo eso muy divertido y satisfactorio ?